

La consigna del momento

G. Munis

Boletín de la Sección Bolchevique-leninista de España (IV Internacional)
número 2, Barcelona, febrero 1937

(Tomado de *Documentación histórica del trotskismo español*, Ediciones La Torre, Madrid, 1996, páginas 90-93)

Atravesamos instantes de excepcional gravedad. Con la toma de Málaga por los fascistas, la guerra y la revolución entran en una nueva fase cuya desembocadura aparece tan confusa como llena de peligros. Sólo una reacción enérgica y organizada del proletariado podrá vencerlos, dar a la situación su salida revolucionaria y a la guerra un impulso victorioso

De julio de 1936 a febrero del 37, salvo la primera actuación vertiginosa y espontánea del proletariado, la lucha militar transcurre con derrotas importantes por nuestra parte (San Sebastián, Irún, Toledo, Málaga, cuatro meses de ataque a Madrid) y sólo avance parciales, como los asedios de Huesca y Oviedo, no coronados por el éxito. El origen de este saldo inquietante es preciso buscarlo en los factores que intervienen en la lucha, de los cuales la indisciplina, la incapacidad, la mayoría de las traiciones y la ineficacia general de todas las medidas y recursos, son un reflejo, no el origen del mal, como pretenden el gobierno y los partidos que los apoyan.

El Frente Popular, donde todos los factores políticos se compendian, apareció hace un año con la deliberada intención de conciliar a todos los españoles en el maternal regazo de la democracia. Dirimir la contienda social en favor del proletariado es una idea completamente ajena a su naturaleza. En cuanto a la practicabilidad de la democracia como régimen estable, la sublevación fascista producida en pleno parlamentarismo, cuando el peligro de la revolución se alejaba en lugar de acercarse, da de ella una idea exacta. Sublevándose, la burguesía española demuestra prácticamente que en España hay lugar para el fascismo, o para el comunismo, nunca para la democracia.

A pesar de que su vitalidad revolucionaria dio al proletariado el triunfo en los puntos más decisivos de la Península, el Poder recayó de nuevo en el Frente Popular, porque en el fondo ningún partido supo seguir una política opuesta: la política de clase del proletariado. Pero la guerra civil, en lugar de acentuar la tendencia revolucionaria de las organizaciones, que como la CNT y el POUM se mantuvieron un poco distantes del Frente Popular, las entrega a éste y se incorporan al gobierno en el momento en que aparecían todas las condiciones necesarias para preparar rápidamente su sustitución por la dictadura revolucionaria del proletariado. Preciso es declarar que si el Frente Popular impide el éxito de la guerra y la revolución, la CNT y el POUM han impedido al proletariado acabar con el Frente Popular. Sólo esta sujeción, más o menos condicionada, de todos los partidos y organizaciones al gobierno, ha podido permitir a éste rehacerse, liquidando los comités, que tendían a sustituirle, aplicar su funesta política internacional, conservar intangible la mayoría de la gran propiedad, la Banca y la antigua burocracia; con ello se logró, en el terreno militar, impedir la transformación de las milicias en un ejército revolucionario, que no puede existir vinculado a un Poder político pequeño-burgués, y condicionar el terreno para la creación del ejército popular; con ello se logró, en una palabra, que la dirección del

país no pasara a manos del proletariado y, fiel a su motivo de existencia, el FP perdura en su política tendiente no a dirimir el pleito en favor de la revolución, sino a conciliar a todos los españoles.

Málaga es el último y más visible de sus resultados, Madrid continúa padeciendo los ataques fascistas, y mientras militarmente el gobierno no puede presentar sino derrotas, emprende una revalorización general de los elementos, instituciones y métodos burgueses, que le han llevado a prohibir (como en tiempo de Romanones) la sindicalización de los cuerpos armados, a desarmar a las organizaciones obreras y a comprometerse en la campaña contra las socializaciones. Como colofón, el control sobre costas y fronteras, más que aceptado mendigado por el gobierno, vendrá a agregar una ventaja más para los fascistas. Si los señores del FP hiciesen un balance de su actuación, encontrarían que han perdido contra los fascistas tantas batallas como han ganado contra el proletariado.

Militarmente, el FP nos ha llevado a una situación que no permite resistir muchas pérdidas más como la de Málaga. Políticamente todas las medidas del gobierno dirigidas contra el proletariado, desorientan a éste, le fatigan y sumen en el indiferentismo, castrándolo para la lucha militar. En Cataluña, por su alejamiento de la guerra, es menos perceptible la fatiga. En las regiones del Centro y el Norte, el FP empieza ya a doblegar el espíritu de las masas. Nada nos autoriza a pensar que la movilización del mando único modificará en breve el curso de los acontecimientos bélicos. Hace más de dos meses que existe el mando único en Madrid. Existía también en Málaga. ¿Acaso el gobierno pretende conscientemente fatigar a la población, aburrirla a fuerza de fracasos y de taponarle la salida revolucionaria hasta obligarla a aceptar la paz y la guerra imperialista o lo que aquel desee? Nada está excluido, pero ante todo es preciso declarar que el gobierno del FP, y cuantos sobre esta base puedan formarse, es el principal entorpecedor de la guerra y la revolución. Debatiéndose entre el fascismo y la revolución, el gobierno al impedir el desarrollo de ésta suprime la fuerza más poderosa, el factor decisivo, en la lucha contra el fascismo.

Esa doble lucha del gobierno contra el fascismo y contra la revolución, les somete al cautiverio de Francia e Inglaterra. A él se entregó desde el primer momento, como por instinto familiar, a cambio del embargo de armamento, el Comité de no intervención y un control que lo es sólo para el proletariado. Se inventó toda una trama patriótica de la guerra, para que Álvarez pudiera ir a Ginebra a ofrecer España entera a los imperialismos democráticos. Reconozcamos que el gobierno no ha logrado aún convertir la guerra civil en imperialista, no ha regateado esfuerzos ni medidas contrarrevolucionarias para catequizar a la burguesía europea. Tal vez está en trance de lograrlo. Al menos, Largo Caballero tiene ya su corte de generales y Galarza una legión de policías, la campaña contra el trotskismo completa la impresión de “normalidad” y “orden” indispensables al buen burgués británico. Si se tratase de revolución, Francia e Inglaterra sólo intervendrían para ayudar al fascismo, pero si la guerra es patriótica, el gobierno “fuerte”, y el proletariado está dominado, entonces pueden pensar en ayudar a España a “darse el régimen que elija”, y de paso recuperar el dominio comercial y estratégico que Italia y Alemania les disputan. Esta es, en efecto, otra de las peligrosas salidas a que estamos abocados para fecha próxima. Las rivalidades imperialistas operan sobre España en la misma medida en que los caracteres capitalistas de nuestra sociedad permanecen. El gobierno pone de su parte cuanto puede, la atmósfera internacional está saturada. Una declaración de guerra como consecuencia inmediata de nuestra lucha, puede sobrevenir de un momento a otro y arrastraría consecuencias graves para todos los revolucionarios.

Posibilidades de una salida revolucionaria a plazo breve, apenas existen. Tal vez haya hombres de fe que esperen un triunfo próximo mediante las armas. Nosotros creemos que el proletariado a pesar de la desorganización y esterilidad que el gobierno le impone,

puede defenderse durante mucho tiempo. Antes de estar en condiciones de superar militarmente a los fascistas, deberá superar políticamente a los stalinistas y reformistas. Los mayores males son de temer mientras no se oriente en este sentido.

En un reciente manifiesto tirado por nuestra organización, recomendábamos la creación de un frente revolucionario del proletariado. Esta consigna se hace imprescindible, es hoy la condición anterior a todo triunfo. De la promiscuidad de clases e intereses representados en el FP, surge el peligro de una derrota definitiva, el peligro de paz y de guerra imperialista. Desde el FP se está matando la conciencia y el espíritu revolucionario de las masas. Es de vida o muerte romper el FP, substituyéndolo por el frente revolucionario del proletariado, cuyos objetivos primordiales serían luchar contra toda clase de armisticios y contra la guerra imperialista, luchar por dar a la clase trabajadora la propiedad de todos los elementos de producción y cambio, por la ofensiva militar en todos los frentes, dando al ejército una estructura proletaria, y especialmente por la constitución de Comités de obreros, campesinos y combatientes, que en el momento propicio substituirían al gobierno y al estado de la burguesía.

Bastaría que el frente revolucionario se constituyese, se dijera claramente a las masas los peligros que acechan, se señale a los culpables y se oriente en un sentido de clase, para que todo el espíritu revolucionario salga nuevamente a flote, surja de nuevo la posibilidad revolucionaria y los resultados en el frente no tarden en apreciarse. El frente revolucionario debe ser un compromiso de frente único con sólo los puntos comunes, que podría ser iniciado por las organizaciones de extrema izquierda más numerosas, como la CNT y el POUM. Pero es preciso guardarse contra las formas de Alianza Obrera, que dan al frente único una forma rígidamente burocrática, limitándolo a conversaciones y cabildeos entre los líderes. Las masas deben participar en la revolución, porque sólo de ellas puede partir la disciplina y la fuerza creadora de la revolución social. Como decíamos en nuestro manifiesto, el dilema es hoy “o con el Frente Popular y contra la revolución, o por el frente revolucionario y por el comunismo”. Las organizaciones que aún no han abandonado el terreno de clase, tienen la palabra.

Responsabilidad para esta edición:



Para contactar con Alejandría Proletaria:
germinal_1917@yahoo.es
Visita nuestra página:
<http://grupgerminal.org/?q=node/517>